



ALFONSO DE LAMARTINE.

Cuando leímos el bellissimo *Viaje á Oriente* del autor cuyo ilustre nombre precede á estas líneas, nos llamó la atención el relato de la visita que Lamartine hizo á Lady Esther Stanhope, muger escéntrica y verdaderamente original, cuya novelesca historia refiere con el encanto que acompaña siempre á todos los rasgos de su pluma. La mayor parte de nuestros lectores tendrán tambien noticia de la vida errante de Lady Esther en todas las comarcas de Oriente, hasta que se estableció en una soledad casi inaccesible, sobre una de las montañas del Líbano, próxima á Saida ó sea la antigua Sidon. Cuando Lamartine pasó por las cercanías del retiro de nuestra heroína, la nombraría de que gozaba en el país por su propensión á la soledad y á la meditacion, por su prodigiosa perspicacia para conocer á primera vista las inclinaciones y

carácter de cualquier desconocido y por la facultad que se la achacaba de la adivinacion y de leer el porvenir en los astros, le movieron á escribirla pidiéndola le dispensara el honor de recibirla y conocerla, pretension á que accedió al momento Lady Stanhope, recibiéndole y tratándole con el mayor obsequio y prediciendo la suerte que estaba reservada al viajero.

Ahora que repentinos é inesperados sucesos han colocado á Lamartine en una posicion extraordinaria nos ocurrió hojear, por via de entretenimiento, las páginas del *Viaje á Oriente* que hablan de la mencionada visita á Lady Esther, para ver hasta qué punto se hallaban en armonia las proécias de la inglesa y los acontecimientos en que Lamartine representa el primer papel.

Vamos á trasladar á continuacion los trozos de su

2 DE ABRIL DE 1848

conversacion con Lady Esther Stanhope que mas puedan interesar en la actualidad al público.

—«Sentaos y hablaremos, pues ya somos amigos.»

—«¿Cómo Milady!, la respondí, honrais tan pronto con el título de amigo á una persona cuyo nombre y cuya vida os son enteramente desconocidos? Vos no sabéis quien soy.»

—«Es verdad, replicó. Yo no sé ni quién sois en el mundo, ni lo que habeis hecho mientras habeis vivido entre los hombres, pero sé ya lo que sois ante Dios. No me tomeis por una loca como generalmente me creen, pues no puedo resistir á la necesidad de hablaros con el corazon en la mano. Hay una ciencia que se ha perdido en vuestra Europa y que ha nacido en Oriente, en donde existe todavia, y nunca ha dejado de existir. Yo poseo esta ciencia; sé leer en los astros y sé tambien que todos procedemos de alguno de esos fuegos celestes que presidieron á nuestro nacimiento, y cuya influencia benéfica ó maligna está escrita en nuestros ojos, sobre nuestras frentes, en nuestras facciones, en las delineaciones de nuestras manos, en la forma de nuestros pies, en nuestros ademanes y hasta en nuestro modo de andar. Así es que no hace sino algunos minutos que os veo y os conozco ya como si hiciera un siglo que viviese en vuestra compañía. ¿Quereis que os revele á vos mismo? quereis que os prediga vuestro destino?»

—«Guardaos de tal cosa; la contesté sonriendo, yo no niego lo que ignoro, mas creeré que la naturaleza visible ó invisible á la que todo se refiere y en la que todo se encadena, los séres de un orden inferior como el hombre esten bajo la influencia de séres superiores como los ángeles, pero no necesito de su revelacion para conocerme á mí mismo; ahora en cuanto á los secretos de mi destino temeria ofender al Criador que me los oculta si se los preguntase á la criatura. Respecto á lo futuro no creo sino en Dios, en la Libertad y en la Virtud.»

—«No importa, dijo ella, podreis creer lo que gustéis, mas en cuanto á mí, veo evidentemente que habeis nacido bajo la influencia de tres estrellas felices, poderosas y buenas, que os han dotado de cualidades análogas y que os conducen á un objeto que podria si quisiereis indicaros desde ahora. Dios os trae aquí para iluminar vuestra alma y sois uno de esos hombres de deseo y de buena voluntad, de quien quiere servirse como de instrumento para las obras maravillosas que va á ejecutar con los hombres.»

—«¿Encontrais, preguntó ella, que el mundo social político y religioso esté bien ordenado? ¿No reconocéis la necesidad de un revelador, del Mesias que esperamos y que estamos viendo llegar con el deseo?»

—«Ninguno mas que yo padece y se duele del jérido universal de la naturaleza, de los hombres y de las sociedades, ninguno reconoce y confiesa mas altamente los enormes abusos sociales, religiosos y políticos, ninguno desea con mas ansia la reparacion de estos males ni está convencido de que este reparador ha de ser divino. En las alteraciones ó vaivenes que sufren las creencias de los hombres, en el tumulto de sus ideas, en el vacío de sus corazones, en la depravacion de su estado social y en los temblores sucesivos de sus instituciones políticas, veo todos los síntomas de

un trastorno y confio que Dios se manifieste en el momento en que el hombre se reconozca y se confiese insuficiente por sí solo para el remedio de estos males. Pero en esta manifestacion no espero á un Mesias que nada tiene que enseñarnos en sabiduria, virtud y verdad, porque Jesucristo lo ha enseñado todo, sino al que este mismo Jesucristo ha anunciado que vendria despues de él, al Espíritu Santo que nos inspire con su gracia eficaz.»

—*Creed lo que querais, me dijo ella, no por eso dejais de ser uno de esos hombres que yo esperaba, que la providencia me envia y que han de representar un papel importante en el grande acontecimiento que se prepara. Muy pronto regresareis á Europa; la Europa ha concluido, en toda ella no hay mas que la Francia que está llamada á ejercer una gran mision, en la cual figurareis: yo no sé todavia de que modo, pero os lo puedo decir esta noche si gustais, cuando haya consultado vuestras estrellas. Todavia no sé el número de ellas; ahora veo mas de tres; ya distingo cuatro, quizá cinco, y quien sabe si habrá mas aun. Una de ellas es Mercurio, que dá claridad y carácter á la inteligencia y á la palabra, vos debeis ser poeta, esto se vé en vuestros ojos y en la parte superior de vuestro rostro. Influyen tambien en vos astros enteramente diferentes y casi opuestos y sentis fuerza de energia y de accion. Hay algo del Sol, añadió con viveza, en la postura de vuestra cabeza y en el modo con que la inclinais sobre el hombre izquierdo. Dad gracias á Dios, hay pocos hombres que hayan nacido bajo la influencia de mas de una estrella, menos cuya estrella sea feliz, y menos aun cuya estrella aunque sea favorable, no esté combatida por la influencia maligna de una estrella adversa. Vos por el contrario teneis muchas y todas estan en armonia para servirlos y para ayudarse reciprocamente en favor vuestro. ¿Cómo os llamais?»*

«Yo la dije mi nombre y ella contestó con el acento de la verdad que no le había oído nunca.»

Diez y seis años ha que Lady Esther Stanhope, verdadera mágica moderna, tuvo con Lamartine la conversacion de que hemos entresacado las circunstancias mas notables y que mas han llamado nuestra atencion, por la exactitud con que se ven cumplidas las predicciones de esta muger de genio, que ha escitado y escita todavia la mas poderosa admiracion sobre los habitantes de las poblaciones árabes, cuya imaginacion original y brillante es á propósito para la adivinacion y las maravillas mas asombrosas. En efecto; los acontecimientos que de un tiempo á esta parte han tenido lugar en el mundo, confirman perfectamente las predicciones de Lady Stanhope. Esperaba y creia firmemente en la aparicion de un enviado de Dios, reparador de los abusos de la sociedad, y ha aparecido Pio IX, órgano voluntario é inofensivo de las reclamaciones y necesidades de los pueblos y su representante providencial y pacífico, dando impulso la libertad y llenando de entusiasmo á las naciones. Anunció que se preparaba un acontecimiento grande en Europa, cuyo teatro seria la Francia: la Francia acaba de asombrar á todos con los imprevistos, instantáneos y trascendentales sucesos de Febrero. «La Europa ha concluido; en ella no hay mas que la Francia» fueron las palabras de la inglesa. La Europa se

ha mantenido en expectativa, hasta que esta nacion con su reciente sacudimiento ha conmovido y agitado profundamente todos los estados, que parecian aguardar solo su señal para dar expansion á su malestar y á sus lamentos comprimidos. Predijo, en fin, que Lamartine estaba destinado á representar un papel importante en el grande acontecimiento que se preparaba, y Lamartine es hoy el miembro mas influyente y respetado del gobierno de la República Francesa. Preciso es convenir en que esta vez al menos, las palabras de Lady Stanhope fueron una profecía que se ha cumplido en todas sus partes.

Digamos ahora, ya que hemos tomado la pluma para hacer notar esta coincidencia curiosa entre un episodio de los viajes de Lamartine y su posicion actual, cuatro palabras acerca de la vida de este grande hombre; rey de los poetas, hábil diplomático y orador distinguido.

Lamartine cuenta 56 años, la misma edad que el Pontífice actual, pertenece á una de las primeras familias de Borgoña, pasó en Neuilly la época de su niñez al lado de su padre, caballero de San Luis y antiguo oficial, y de su madre bajo cuya influencia recibió una educacion esmerada que perfeccionó en un colegio de Belley. En 1815 hizo un viaje á Nápoles. Las ruinas de Italia, su cielo encantador, su golfo, sus bellezas, le inspiraron los primeros versos. Los sueños de poeta ocupaban esclusivamente su atencion en 1820. A poco tiempo publicó el primer tomo de poesías, las *Meditaciones*, si no estamos equivocados, bellos ensayos que aunque de autor poco conocido, fueron por grados granjeándose el aprecio de las personas inteligentes y el entusiasmo de los corazones apasionados y religiosos. Por entonces contrajo matrimonio con una jóven inglesa, y adquirió tambien una fortuna considerable con la herencia de un tío, hermano de su madre.

El poeta suspendió su trato con las musas para ocuparse de negocios diplomáticos, fué primero secretario de la embajada de Nápoles, despues encargado de negocios en Toscana. El gran duque le trató como amigo. Una de las composiciones que entonces escribió le ocasionó un duelo con el general Pepé que se creia ofendido en su honor nacional; en este lance recibió una grave herida que puso en peligro su vida. Desde su lecho de dolor solicitó perdon para el rival, olvidando aquel suceso desagradable que habia turbado la felicidad de que á la sazón disfrutaba.

A la caída de Carlos X abandonó la carrera diplomática por motivos que le honran sobremanera, y que se hallan esplicados en las siguientes palabras que pronunció en la cámara de los diputados el 25 de Marzo de 1840.

«Cuando la dinastía de Julio ha sido personificada en otra familia, con la cual me cabe el honor de haber tenido anteriormente lazos de una respetuosa intimidad (si me es permitido usar de esta expresion) he escrito al nuevo rey manifestándole que motivos de delicadeza me obligaban á renunciar los títulos y honores que conservaba de la dinastía caída, pero que aunque por una parte le presentaba la dimision de mis empleos, por otra creia de mi deber como patriota y como francés ofrecerle mi juramento á él y al gobierno de Julio.»

Retirado de la carrera diplomática dispuso su partida para la tierra santa y llegó á Behiruto al pie del monte Líbano, despues de distinguir desde su embarcacion á Sicilia, el golfo de Parma, Cartago y otra infinidad de pueblos, miserables hoy, célebres en la antigüedad. Chateaubriand y Lord Byron le habian precedido en este viaje. Lamartine, que habia atravesado los mares acompañado de su esposa y de su hija, dos pedazos de su corazon segun él las llamaba, saltó en tierra viendo realizado ya el deseo que desde su juventud habia tenido de ir á Oriente: pero su dicha vino á turbarse con la muerte de su hija única, causada por la enfermedad que habia contraído durante la navegacion.

Para lanzarse al desierto el poeta marchó solo, no queriendo esponer su compañía á los peligros de un camino penoso y arriesgado. Lamartine se alejó de Behiruto llevando de séquito diez y ocho caballos, que perecieron todos antes de terminar la expedicion. No nos detendremos refiriendo sus pormenores; apenas habrá lector que no conozca las páginas en que Lamartine consignó sus impresiones, y los vuelos de su imaginacion á vista de las campiñas de Tyro, de la tierra de Canaa y la Judea, las colinas de Zabulon y de Nazareth, el monte Carmelo, el valle que sirvió de cuna al Redentor, las aguas del Jordan y el Panorama de Jerusalem, llegando á prosternarse ante la tumba del Salvador, entre la mortandad que entonces causaba la desoladora epidemia del cólera.

Hallándose allí recibió la noticia de que en Ene-ro habia sido elegido diputado: este cargo le imponia deberes que cumplir; no se detuvo, pues, en regresar á su patria, aunque tanto él como su esposa acababan de depositar los restos embalsamados de su querida hija y se hallaban aterrados ambos por la pérdida que habian experimentado. Dudaban las personas que le eran afectas de que el poeta fuera apto para la carrera parlamentaria que ante él se abria, y para la discusion de intereses materiales, pero bien pronto tomó asiento en la cámara, y demostró en la tribuna que sabia hermanar aquella cualidad con la de diputado.

Lamartine debió su eleccion al partido reformador, cuyos intereses han tenido en él un defensor leal, hábil é influyente, que ha tendido á la moralizacion social y á la abolicion de la pena de muerte; de año en año ha ido creciendo en reputacion hasta entrar en plena posesion de la gloria parlamentaria.

Lamartine y Victor Hugo son los dos poetas franceses que mas han enriquecido la corona poética contemporánea de su país. Lamartine demuestra en sus obras originalidad de genio y grandeza de talento: sus poesías son religiosas y contemplativas; ora cuando canta, dejándose llevar como una agua límpida por la corriente fácil de su genio. Ha sido en Francia el restaurador de esa poesia sentimental y dulcísima que no puede menos de encontrar siempre eco en el corazon del hombre. En sus últimos escritos el poeta ha hecho oír en vez de los dulces sonidos de su lira nacidos de una inspiracion que pudiera llamarse santa, el anuncio de una nueva época, la profecía de una nueva asociacion en que los pueblos, olvidando las diferencias que los distinguen es-

trechen sus lazos y hallen reunidos remedio y consuelo; creemos que nuestros lectores han de ver con gusto algunas ideas que tomamos al acaso del ya citado *Viaje á Oriente*, y que prueban con cuanta anticipación preveía el autor de la *Historia de los Girondinos* nuestra situación actual, dando vuelo á sus pensamientos, remontándose á una altura en que dominaba el mundo y penetrando con la luz de su talento las tinieblas del porvenir.

«Las ideas han conducido á la Europa á una de esas grandes crisis orgánicas, de que solo presenta la historia uno ó dos ejemplos: estas son épocas en que una civilización gastada ha cedido su lugar á otra; en las que no se puede sostener lo pasado y en las que el porvenir se presenta á las masas con todas las incertidumbres y con toda la oscuridad de lo desconocido: épocas terribles, cuando no se saben aprovechar de ellas, y enfermedades climáticas del espíritu, que debilitan al hombre para muchos siglos ó que le vivifican y disponen para una nueva y muy larga existencia. La revolución francesa ha dado el grito al mundo y muchas de sus fases se han presentado ya, pero esta revolución no se ha completado todavía, y nada concluye en estos momentos lentos, intestinos y perpétuos de la vida moral del género humano: hay ocasiones en que estos movimientos hacen alto y en que la revolución se paraliza; pero estos altos, estas parálisis, sirven para difundir y madurar las ideas, para acumularse las fuerzas y para prepararse á nueva acción. La revolución francesa, que algún día se llamará Europea, porque las ideas buscan su nivel como el agua, no es como se cree una sola revolución política, un traspaso de poder y un solo cambio de dinastía, ó el establecimiento de un gobierno democrático en lugar del monárquico; pues todo esto no es mas que un accidente, un síntoma, un instrumento, un medio; la idea de la revolución es la de cambio y de mejora, á la vista de una sociedad que se derrumba y cae de anomalía y de vejez.»

«Cuando una revolución se llega á comprender y cuando su objeto se llega á fijar, se puede decir que está hecha; el éxito puede ser lento, pero no dudoso. Si la idea nueva no ha conquistado todavía el terreno, ha ganado al menos el arma infalible que lo debe conquistar. Esta arma es la prensa, y esta revolución cotidiana y universal, es para las inteligencias y para el espíritu de innovación y de mejora, lo que fué la pólvora para los primeros que se sirvieron de ella. La victoria asegurada por una facultad poderosa. Los filósofos políticos no necesitan ya de combatir, sino de moderar y de dirigir esta arma invencible de civilización. Lo pasado se hundió; el suelo está ya desembarazado, el espacio vacío, la igualdad de derecho se ha admitido en principio, la discusión está aceptada en las formas gubernamentales. La palabra oral y la palabra escrita están tocando llamada por todas partes y sin cesar á las inteligencias; este supremo tribunal domina y dominará cada día mas, todos los poderes instituidos, provoca y provocará todas las cuestiones sociales, religiosas, políticas y nacionales, con la fuerza que la opinión le prestará, y á medida y proporción del interior convencimiento, hasta que la razón humana se encuentre iluminada con el rayo de luz que á Dios plazca conce-

derla, y entre en la plena posición del mundo social todo entero.»

Lamartine es de elevada estatura, ojos azules, frente estrecha y protuberante, labios finos, facciones despejadas, espresivas y regulares, porte elegante y ademanes nobles. Ocupa como académico un lugar distinguido. Sus inspiraciones de poeta le han hecho inmortal, sus discursos le han conquistado un puesto al lado de Odilon Barrot, Thiers, y Berrier; no nos toca á nosotros juzgar sus actos como diplomático y nombre de gobierno; correspondenos solo inclinarnos con admiración y entusiasmo ante la majestad del genio, la mas envidiable de todas, que acaba de conquistar á Lamartine el primer puesto en la República francesa.

ANGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS.

INSCRIPCIONES HEBREAS.

En las inmediaciones de Leon, al sitio llamado Fuente-Castro ó Castro de los judíos, se halló esta lápida propia hoy de D. Tomás Rodríguez Monroy abogado y propietario de dicha Ciudad. Es una alhaja de mármol blanquecino con vetas negruzcas, de 16 y media pulgadas de largo, y 11 de ancho; su peso 26 y media libras castellanas, pulimentada solo por una superficie. Está escrita con caracteres hebreos, medianamente formados; pauta ó rayada antes, como conviene á todo escrito hebreo; mas no siempre la escritura sigue fielmente el pauta: las letras están grabadas á buril ó cincel en la piedra, bien legibles, excepto los desconchados y quebraduras que tiene: cuando al fin de un renglón no cabe la palabra entera, están escritas las letras que caben, y se repiten otra vez en el siguiente, segun la costumbre rabinica: no hay mociones en todo el contesto, conforme á la índole de las inscripciones: pero á pesar de eso se lee y entiende perfectamente; su traducción es la que sigue:

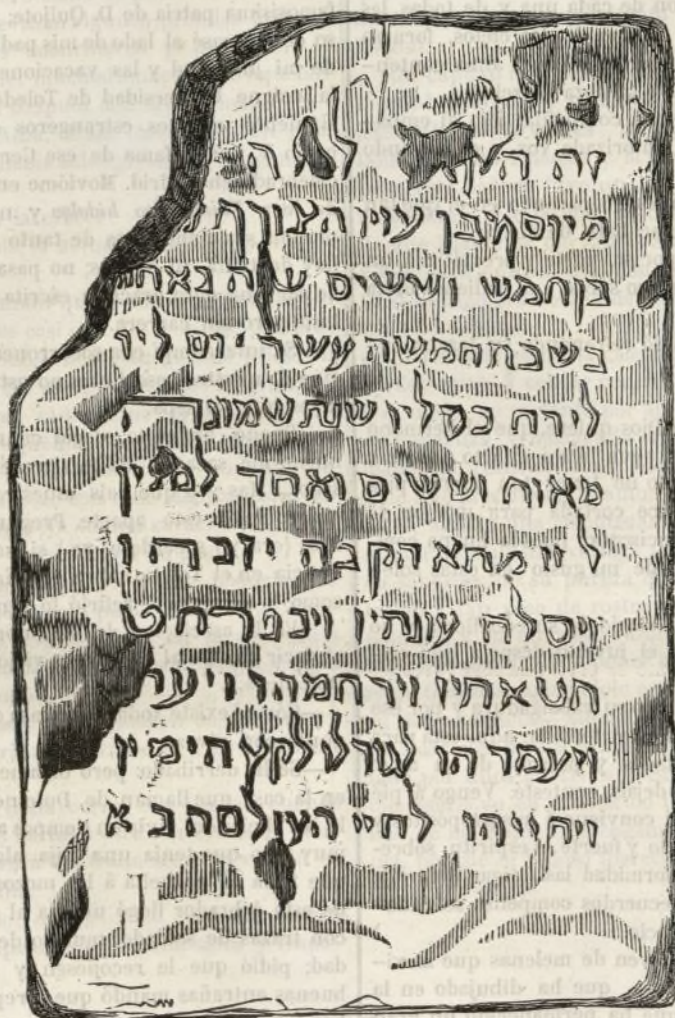
Este es el sepulcro (acaso diria en lo desconchado del primer renglón, para el cadáver) de Joseph hijo de Josiz el fundidor (creemos que en la palabra que sigue ilegible diria de bronce:) de edad de sesenta y cinco años, cuando se reunió: (espresion comunísima entre los hebreos en vez de murió) en sábado día quince de la luna Casleu (el novilunio de noviembre) del año ochocientos y sesenta y uno del cómputo. (Coincide con corta diferencia con el año de 1101 de nuestra era.

Al lado miserable de esta cueva se le purificará; y se le habrán condenado sus iniquidades; y perdonado sus pecados; y se habrá tenido misericordia de él; y se le habrá destinado á su suerte al fin de los días; y se le vivificará á la vida del siglo que ha de venir.

Esta inscripción puesta á principios del siglo XII, cuando mas sobre el sepulcro del hijo de un fundidor, prueba hasta la evidencia lo ilustrado del pueblo hebreo, aun disperso y en medio de la ignorancia universal que acababa de dominar á todo el mundo. Su contexto puede mirarse como un muy bien acabado cuadro, en cuyo primer término aparece un cadáver, que se determina por los accidentes del nombre, padres, edad, y día de su defunción; cuyo pálido reflejo solo deja entrever un poco de lodo, en la estrecha

mansion de una bóveda; mas que iluminado despues haciéndose descender sobre él un rayo de fé y esperanza patriarcal, parece que se le vé absuelto de toda iniquidad, perdonados sus pecados, destinado á la felicidad del fin de los días, y en últimos términos y á una inmensa distancia, vivificado á la vida de un si-

glo que ha de venir. ¡Qué asunto tan patético! Qué historia tan interesante y bien detallada! Que ligereza en lo que ofende á la vista y al corazon! Y que ensanche en los trazos mas lejanos, hasta perderse en el mas bien acabado celage! Así discurrían los hebreos en los siglos IX, X, XI y XII; y esta piedad, y este



orden de ideas, y este recto pensar, y esta claridad y fijeza de fé trascendía hasta los artifices y gente del pueblo. Cotégese el pensamiento de esta lápida y su expresión con la que en aquel tiempo, y mucho antes y mucho despues acostumbraban escribir los griegos y romanos, cristianos, é idólatras sobre los sepulcros de sus difuntos, y aun con la mayor parte de lo que hoy mismo se lee en cualquiera de nuestros panteones ó cementerios.

Sería muy de celebrar que la comision de monumentos artísticos é históricos procurase adquirir esta alhaja, no por el oro ó plata de que esté hecha, sino por ser un documento histórico de suma importancia por la sabiduria con que está concebido, que vale mas que el oro y que la plata, y que todas las riquezas de la tierra, que como decia el Sabio, *nihil esse duci in comparatione illius*.

A. M. G. B.

UN PASEO

A LA PATRIA DE DON QUIJOTE.

ARTICULO IV.

Sucedió pues, lector carísimo, que la hora del repúsculo sería cuando avistamos por la segunda vez

los famosísimos campos de Montiel, y aprovechando lo llano del sendero y la frescura de los vientecllos que anuncian el regalado descanso de las noches de junio; apresuramos el andar y recogimos velas en la conversacion, dando largo trazo á las meditaciones. El alborada es menos poética para el corazon que los últimos destellos de la tarde: la dulce y grata melancolía de los recuerdos, la fantástica marcha de las som-

bras que trepan á la cumbre de las montañas con el silencioso y lento paso del dolor, los gritos lúgubres de las aves nocturnas, el despertar de las plantas que abren sus ramos y sus pétalos para aspirar el rocío, las nubes encendidas, primero por el sol que se reclina en su seno palpitante; amarillas, violadas después, como la enamorada doncella que vé alejarse á la luz de sus ojos, al fuego de su alma; y hasta la repentina y pensada aparición de cada una y de todas las estrellas en el azulado campo de los cielos, forman agradable conjunto que derrama en el alma contentamiento y paz con suave tristeza mezclados.

—Dios guarde á la buena compañía: dijo al emparejar un viandante con autorizada voz y campanudo timbre.

—Adios, caballero; contesté reparando en el que tan espresiva salutación me acababa de dirigir.

Era el tal á juzgar por su porte y premáticas, un cura amojamado y caballero sobre una valiente mula de paso.

—Adonde bueno: añadió refrenando su lozana cabalgadura.

—Al Toboso.

—Allá vamos todos, si Dios quiere, que el hermano me espera para echar el agua á mi cuarto sobrino.

—En verdad que siento no tener tan buenos pies como esa mula, que parece cortada para médico de anejos ó demandante franciscano; pues la buena compañía de V. sería muy de mi gusto en estas soledades.

Agradóle al ginete el elogio de su caballería y no le descontentó á mi ver el juvenil despejo que entonces yo mostraba.

—V. amiguito, ha perdido su cabalgadura y por eso celebra tan á sus anchas á mi tordilla: aqui está para servirle, como las facultades y persona de su amo.

—Muy agradecido me dejais, contesté. Vengo á pié desde Malagon porque así conviene á mis propósitos y como el ánimo es alentado y fuerte el espíritu, sobre llevo con estremada conformidad las fatigas del viaje y lo que gozo con mis recuerdos compensa sobradamente el corporal cansancio.

—Ah! vamos! V. es el jóven de melenas que ha visitado esta mañana la Iglesia, que ha dibujado en la plaza de Argamasilla y que ha permanecido un gran rato á solas con los ratones de la bodega de la famosísima casa de Medrano?

—El mismo: ahora me dirijo al Toboso con igual objeto.

—En los pueblos todo se sabe y la aparición de un extraño no deja de ser un acontecimiento—¿Y qué ha sacado V. en limpio?

—Muy buenas cosas, para un entusiasta que creía segada y aun espigada la mies; sobre todo una curiosísima tradición que no se encuentra en los libros y que tiene de probable mucho.

—Será la que refieren los viejos del Toboso: repuso con indiferencia el clérigo.

—Cómo tal! convienen entrambos pueblos? pregunté con vivísimo interés; puesto que la mula se aviene al descanso de mi andadura cuénteme lo que haya oído, que en pago le he de dar cuanta buena amistad quepa en un corazón honrado.

—Mejor dirá, que la tordilla no puede seguirle, pues al oírme hablar de Cervantes ha tomado V. un tro-

tecillo que ya. Mas escuche atentamente y pregunte lo que mas le convenga, pues si logro responderle á medida de su gusto será completa satisfacción para mí.

—Pues comience V. que ya quiero ser todo oídos.

Arregló la delantera del aparejo de su mula y con la sencillez del hombre bueno y franco, comenzó de esta manera (1).

—Hace cuarenta años que vivo en Lugar-Nuevo, famosísima patria de D. Quijote; pero nací en el Toboso donde pasé al lado de mis padres los primeros años de mi juventud y las vacaciones que nos daban en la insigne Universidad de Toledo: he visto por consiguiente muchos estrangeros que venian atraídos como V. por la fama de ese Cervantes Saavedra tan celebrado en Madrid. Moviome entonces la curiosidad de leer *El ingenioso hidalgo* y no me pareció, con perdon sea dicho, cosa de tanto asombro, pues ni allí hay doctrina, ni hechos; no pasa en mi pobre juicio de ser una obra graciosa, escrita por un hombre chistoso; pero sin carrera.

—Sí, interrumpí con socarronería, lo que es el príncipe de nuestros escritores no estudió Teología, ni aun leyes que yo sepa.

—Bueno, amiguito, decid cuanto querrais; pero á mí no me sacareis de mis trece, el que no ha cursado.... Mas veo que dais muestras de impaciencia y quiero dejar esto aparte. Pregunté pues á mis padres (era yo sacerdote ya) si se conservaba alguna noticia en el Toboso sobre el príncipe de los ingenios, como V. dice, y me refirió lo siguiente:

«En la asociación de labradores de la calle grande oí decir un día al escribano viejo, que en la casa de Dulcinea»....

—Cómo! existe todavía la casa de los Lorenzos? pregunté con viveza.

—Se ha derribado: pero oígame V. hasta el fin. «Que en la casa que llaman de Dulcinea, ó llamaban, como le iba diciendo, vivía en tiempos antiguos un labrador muy rico que tenía una hija algo ligera de cascos y que traía en revuelta á los mozos del pueblo. A casa de este labrador llegó un día al anochecer un viejo, con trazas de soldado, muerto de fatiga y de necesidad; pidió que le recojiesen y el Señor que tenía buenas entrañas mandó que preparasen cena al pobre huésped y travó con él al amor de la lumbre larga plática de pasadas campañas y de lejanas tierras. Tan contento estaba el labrador oyendo al veterano que ordenó añadiesen un jarro de lo tinto al salpicon de oveja que formaba el cuerpo de ataque de la modesta cena. Concluida esta, fuese á reposar Cervantes en un pajar y á poco llamaron con gran estrépito en la puerta de la casa del tío Lorenzo. Abrió este reposadamente y se encontró que era un turbion de mozos algo tomados del vino que buscaban al viejo para darle un baño en las lagunas que hay en las tenajerías, so pretexto de que era un *sacamantas* ó *vejiguero* que se había fugado de Argamasilla después de trabar pendencia con los vecinos. El dueño, persona muy autorizada en el lugar, dijo que allí no había nadie, que el soldado se había marchado después de cenar y así les dió con la puerta en los hocicos. Uno de los alborotadores, sin embargo que debía ser novio de la

(1) Esta tradición y la que sigue han sido ambas oídas por mí y las presento desnudas de todo adorno; juzgarlas toca á los eruditos, yo cumplo con referirlas.

muchacha, impuso silencio á todos y dirigiéndose á las ventanas del pajar hizo alguna seña, pues apareció la hija de Lorenzo y les dijo:—Entrad por aquí que está durmiendo en este pajar.—Treparon á la cuadra y cojieron dormido al soldado, que no pudo defenderse y medio arrastrando, con una sogá á la cintura le sacaron por las calles del pueblo con no poca algaraza de la muchacha del labrador y grande indignacion de este. Pero como al penetrar en la cuadra y los pajaros se llevasen algunas prendas los mozos, acudieron varios cuadrilleros y libertaron al soldado de aquella cruel muchedumbre. Pero aquellos mismos le condujeron despues con iguales malos tratos á Argamasilla de Alba, donde fué preso en casa del Alcalde, cuyo hijo había sido agresor en la pendencia pasada.»

—¿Y Porqué no en la cárcel?

—Porque no la había; la actual es moderna, contéstome el cronista.

Un tanto meditabundo quedé con semejante relato que doy á mis lectores casi con las mismas palabras con que me fué referido.—Desde luego esta tradicion es mas probable que las recogidas por los biógrafos de Cervantes.—Tenia edad el principe de nuestros ingenios para darse á requebrar lugareñas cuando estuvo en la Mancha?—Está demostrado que no. Sin embargo es preciso aceptar con desconfianza estos rumores populares cuando ya tienen carácter de cuento, porque cada cual los modela á su gusto.

—Algo ensimismado veo á V. con la historia que le acabo de contar, y yo solo puedo decirle que el escribano viejo, que ya murió tenia en la uña todas las genealogías del pueblo, que no son pocas y eran mas en aquellos tiempos.

—V. conoció esa casa que llamaban de Dulcinea y que aseguraba el escribano pertenecía á los Lorenzos? pregunté al cura.

—Si por cierto y tenia corral con bardas: cuando se hundió bautizó un barbero otra con el mismo nombre para sacar dinero á los franceses que venian en busca de tal antigualla.

—Bueno es saberlo, dije para mi saco, así no nos envolverá el seor rapista con sus embustes y trapacerías.

La noche se entraba á mas y mejor y aun no habíamos mediado la jornada; el cura entonces viendo que su tordilla renqueaba por apretar y que yo no pensaba seguirla me ofreció su casa en el Toboso y dejó suelta rienda á la caballería que tomó un portante de los buenos.

Mas como todo ha de decirse aseguraré á mis lectores que la tradicion por él referida, es diversa de la que me contaron en Argamasilla y pues que falta camino allá vá, que mientras tanto llegaremos á avistar el Toboso.

Un capitán retirado, vecino de Argamasilla, me dijo que había oído lo siguiente sobre el origen del Quijote. «Quiso Cervantes, como relata su historia, á Doña Catalina Palacios y la cantó en su *Galatea*; pues bien, esta Señora tuvo un pariente que se opuso tenazmente á que la boda se celebrase bajo el pretexto de que Miguel de Cervantes Saavedra no era bastante noble para entroncarse con los Palacios. Este puntilloso hidalgo era vecino de Argamasilla y rompió todo trato con su familia luego que llegó á su noticia que el matrimonio se había celebrado. Pasáronse años, vino Cervantes á cobrar contribuciones al lugar Nuevo y el noble, su pariente por afinidad, halló una ocasion de venganza y halagando el rencor que abriga todo manchego contra los comisionados de hacienda consiguió que prendiesen al autor del Quijote. El buen cronista, añadía una circunstancia que otros me confirmaron: este ilustre vástago tan defensor de su azulada sangre y de su pureza de raza era delgado en extremo y tan seco de rostro que toda su faz eran los pómulos y las quijadas; razon por la cual en los pueblos, que son dados á poner apodos, le bautizaron con el de *Quijadas*, habiéndole conservado hasta hace poco su descendencia.—Ademas este señor tenia en uno de los cuarteles de sus armas un molino de viento asaltado por unos guerreros.—Su casa se quemó y á ella me referia yo en el artículo III.... Mas volvamos al relato de mi viaje, ó detengamos en este punto la pluma, porque el Toboso merece relacion aparte y es curiosa en verdad.

J. GIMENEZ-SERRANO.



POESIA.

LAMENTOS DEL CORAZON. (1)

El mundo es un vasto cementerio, donde cada casa es el nicho de una familia, cada calle el sepulcro de un acontecimiento, cada corazón la cineraria de una esperanza ó de un deseo.

El día de difuntos FIGARO TOM. V

ESPERANZA Y DESENGAÑOS.

Lamentos ¡ay! del corazón doliente agostan del vivir la pobre ciencia; del corazón, que gime tristemente á través de su misera existencia; del corazón, que ejerce eternamente en el alma sensible su influencia; del corazón, que cuanto mas avanza vé desaparecer una esperanza.

Una esperanza, sí, tan solo en ella confía el pensamiento acalorado, una esperanza, que al nacer destella un nuevo padecer siempre buscado; una esperanza cual brillante estrella que nos guía á un lugar descaminado; una esperanza que al morir nos mata si un desengaño cruel nos la arrebató.

Esta ilusión que existe en la memoria con caracteres de oro refulgente; esta mentira vaga é ilusoria cual murmullo de nítida corriente; esta ilusión; que forma nuestra gloria y cesa de existir tan de repente; esta ilusión; de nuestra vida entera es la apacible y dulce primavera.

En esta primavera bendecida mira el hombre nacer sus ilusiones; anhela libertad, busca la vida llena entonces de ricas sensaciones; busca el amor, pasión desconocida que agita nuestros tristes corazones; busca riqueza, nombradía y gloria para ocupar su página en la historia.

Pero vana ilusión, esta esperanza que forma de la vida eden precioso, mas desaparece, cuanto mas avanza para lograr el porvenir dichoso; el dolor que la duda entonces lanza de nada sirve al corazón ansioso; si vé que una ilusión desaparece, su esperanza es mayor; mas y mas crece.

Aquel que libertad soñó algún día en brazos del amor, perdióla entera; que al pronunciar la fé con que quería, contestóle pasión no verdadera; la mujer que adoraba, le mentía con promesa de afecto lisonjera; y el corazón del hombre, con su brio, de amor y libertad quedó vacío.

Solo cual siempre, en su sepulcro helado renegó veces mil de su existencia; y en vez de verse ya desengañado por el rayo de luz de la experiencia, en vez de no olvidar aquel pasado quiere ver el mañana en su demencia. Y á un desengaño que verdad le lanza renace otra ilusión, otra esperanza.

De la existencia, esa es, la primavera llena de amor y de fragantes flores; amor que hace nacer una hechicera del fingido matiz de sus colores, y flores de color percedera que exhalan poco tiempo sus olores. La primavera es pues, cual vaso lleno que en su bello licor guarda el veneno.

La primavera es pérfida sirena

que engaña á los mortales con su canto; es cual la impura y engañosa hiena que lame con su lengua de amaranto; es cual la adalia de primores llena que con solo haspirar la engaña tanto; la primavera que el amor inspira es solo una ilusión, una mentira.

Si vivir sin esperar se puede llamar vivir, y si es posible gozar sin ilusión que soñar, mucho mejor es morir.

Si muere el cuerpo al dolor quizá de un mes ó de un año, es su suplicio menor; que el alma pierde su flor á través de un desengaño.

Al cuerpo vida le quita una lenta enfermedad, que en parte suya gravita; pero el alma se marchita descubriendo una verdad!

Y si en un corazón frío que carece de bonanza llega á posarse el estío, queda del todo vacío sin ilusión ni esperanza!

Y aparece muerta ya la razón y el pensamiento; pues deshojándose vá la flor del alma que está á los vaivenes del viento.

Que si una existencia hubiera que ilusiones no contara ni esperanzas poseyera al instante sucumbiera á un soplo que la matara.

Que á veces el corazón avanza á la par que el día de esperanza y de ilusión. El alma no viviría sin afecto ó sin pasión.

Y nunca el hombre cansado se mira de ilusión vana ni se mira abandonado; que siempre olvida el pasado para buscar el mañana.

Que gozamos al soñar y gozamos al sufrir; sin cansarnos de esperar, y mirando sin cesar el oscuro porvenir.

Que en esta primavera bendecida mira el hombre nacer sus ilusiones anhela libertad, busca la vida llena entonces de ricas sensaciones; busca el amor, pasión desconocida que agita nuestros tristes corazones; busca riqueza, nombradía y gloria para ocupar su página en la historia.

Pero vana ilusión, esta locura que forma de la vida eden precioso, desaparece mas, si se asegura para lograr el porvenir dichoso, que aunque la incertidumbre es harto dura de nada sirve al corazón ansioso. Que resta al corazón cuando ella avanza tras cualquier desengaño, otra esperanza.

LUIS MARIANO DE LARBA.

(1) Insertamos con gusto esta notable composición, con que se dá á conocer el hijo del infortunado Figaro, á la temprana edad de 17 años.